

PUBLICACIONES
DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS
MADRID

SOLI DEO GLORIA

Homenaje a Dolores Aleixandre,
José Ramón García-Murga,
Marciano Vidal

SERIE IV: HOMENAJES, 12

PEDIDOS

UPCO DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES
Universidad Pontificia Comillas, 5.
28049 Madrid. Teléf.: 91 540 61 45 - Fax: 91 734 45 70

EDISOFER, S. L.
San Vicente Ferrer, 71
28015 Madrid. Teléf.: 91 521 09 24. Fax: 91 532 28 63

E. ESTÉVEZ
F. MILLÁN (eds.)

SOLI DEO GLORIA

Homenaje a Dolores Aleixandre,
José Ramón García-Murga,
Marciano Vidal



2006

LA ENTREVISTA DE EJERCICIOS ESPIRITUALES EN LOS TEXTOS IGNACIANOS

Luis María García Domínguez
Universidad Pontificia Comillas

Si buscamos la palabra *entrevista* en el libro de los *Ejercicios Espirituales*¹ es claro que no la encontraremos². Sin embargo el texto ignaciano hace numerosas indicaciones para este encuentro cotidiano entre el que da los ejercicios [6]³ y el que los recibe [5]⁴ y, más concretamente, para describir la actividad propia del que ayuda a otro en su retiro.

En la literatura sobre la entrevista en los *Ejercicios*⁵ se subraya la importancia crucial del que da los ejercicios, y se ponen de manifiesto algunos requisitos de su modo de proceder, como es el necesario respeto al ejercitante y a su experiencia espiritual, sin interferir en el encuentro entre éste y su Dios. En estas páginas se examinan los textos sobre la entrevista en el libro de los *Ejercicios* y en los directorios ignacianos⁶, y se busca precisar este importante rol del acompañante, que habitualmente se ilustra negativamente a partir de la anotación 17:

¹ IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, Introducción, texto, notas y vocabulario por Cándido de Dalmasas, Sal Terrae, Santander 1990. En este artículo los números entre corchetes [] aluden a los del texto del libro de *Ejercicios*.

² Ver también [6, 11, 12, 19, 25, 26, 43, 49, 51, 53, 54, 62], etc.

³ Ver también [1, 7, 8, 9, 12, 14, 15, 17, 18, 19, 20, 22].

⁴ Sobre el que los recibe, los toma [11, 18] o los hace [73], ver también [1, 7, 8, 10, 12, 14, 15, 17, 18, 22].

⁵ Sobre la entrevista se trata en muchos comentarios generales del libro de *Ejercicios* y en trabajos sobre las anotaciones que aquí no podemos señalar.

⁶ Aquí consideramos directorios ignacianos a los siguientes: Directorio 1 (Directorio autógrafo); Directorio 2 (Notas dadas de palabra, original en castellano); Directorio 3 (Directorio procedente de san Ignacio, original en latín). También puede llamarse ignaciano al Directorio 4 (Directorio propuesto al P. Vitoria). Para los directorios seguimos la edición de M. LOP SEBASTIÀ, *Los Directorios de Ejercicios, 1540-1599*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2000. Tratan de la entrevista otros directorios: Directorio 6 (textos del Memorial de Cámara), nn. 1-2, 12; Directorio 7 (Instrucciones del P. Nadal), nn. 10, 36, 41, 43, 45-46; Directorio 20 (del P. Polanco), nn. 9-19, 28-43; Directorio 32, (del P. Cordeses), nn. 1-11; Directorios 33, 34, 43 (redacciones sucesivas del Directorio Oficial), nn. 44-67 y 68-96: en M. LOP SEBASTIÀ, o.c.

«no queriendo saber los propios pensamientos ni pecados del que los recibe» [17].

El punto de partida para nuestro estudio es el modelo típico de los ejercicios de mes en retiro según la vigésima anotación [20], que están pensados para ser dados a un/a ejercitante con suficiente capacidad para hacerlos y que, por otra parte, se supone que no los conoce. Según tal modelo, en la entrevista tiene lugar toda la actividad del que da los ejercicios, pues en ella se proporciona la información completa y la instrucción necesaria para hacer cada ejercicio, se revisa o discierne la experiencia y se hace la propuesta cotidiana de oración. Los ejercicios ignacianos se dan en una serie de conversaciones, donde el que los hace no tiene delante el texto⁷, sino que toma nota de lo que se le propone y sale de cada entrevista con la tarea personal de practicar «por sí mismo» [2] aquello que ha escuchado.

Los *Ejercicios* son un «manual para conversar con Dios y con los hombres» y cada una de las entrevistas tienen la finalidad de facilitar un diálogo espiritual para «que el que se ejercita encuentre a Dios y responda a su voluntad concreta sobre él»⁸.

Con este fin, los *contenidos de las entrevistas*, según las anotaciones, tratarán sobre todo de tres áreas principales: dar modo y orden al que se ejercita; dar instrucción; y discernir las mociones y el modo de proceder en ellas. Pero también versarán sobre muchas otras circunstancias que rodean y afectan a la experiencia espiritual que busca. En primer lugar puede ser tema de conversación la persona misma con su temperamento o aptitudes [14], la edad, cultura, inteligencia [18], la salud y el equilibrio psíquico [18, 23]; pues los ejercicios suponen un conocimiento grande del ejercitante [9, 18], de su forma de ser; de sus disposiciones al inicio de la experiencia [22], de su experiencia de las cosas espirituales, siempre con el fin de poder ayudarle mejor y de estorbarle menos, y para aplicar adecuadamente cada uno de los ejercicios [18, 19, 20]. El diálogo entre los dos también versará sobre circunstancias como «los temporales» o las condiciones ambientales del ejercitante [130], la comida y el sueño [83, 84, 210], los amigos y relaciones [18, 20, 56], el matrimonio y la vida conyugal [14, 169, 171, 189], el trabajo y la naturaleza [56, 60], el comercio, los negocios y la fortuna [18, 23, 150, 357], el presupuesto económico y la organización de la vida doméstica [189, 344], los preceptos de la Iglesia [42]. Parece, pues, que en las entrevistas que tienen lugar durante el mes de ejercicios se puede hablar de

⁷ MONUMENTA HISTORICA SOCIETATIS IESU, *Exercitia*, AHSI, Roma 1969, 780-781; 804; 829. Pero se podría entregar alguna nota de los puntos: «Quien no tiene tanto tiempo, puede llevárselos en escrito y dejárselos» (Directorio 1, n. 16).

⁸ D. RESTREPO LONDOÑO, *Diálogo: comunión en el Espíritu. La «conversación espiritual» según San Ignacio de Loyola (1521-1556)*, CIRE, Bogotá 1975, 76: los Ejercicios «son un tipo específico y concreto de «conversación espiritual» y las normas que Ignacio da para éstas en las *Constituciones* están muy en sintonía con las anotaciones (p. 80).

todo, o de casi todo; y no sólo se ocupan, ni mucho menos, en discernir lo que sucede en el encuentro íntimo entre Dios y la criatura [15]. Aunque esa oración es, sin duda, el tema privilegiado y preferente de la entrevista de ejercicios, puesto que a partir de ella y en su «reflectir» [106, 107, 108, 114, etc.] reverbera toda la vida concreta del ejercitante.

Hemos hecho una alusión al contenido de las entrevistas. Pero en estas páginas nos interesan, sobre todo, los recursos que el entrevistador debe utilizar para buscar el fin que se pretende en el encuentro personal y cotidiano⁹ que tiene con el que hace ejercicios. Con este objetivo presentamos las seis tareas principales que, según los textos ignacianos, debe acometer el que da ejercicios: dar modo y orden, escuchar, discernir, preguntar, instruir y, siempre, dejar que el ejercitante se encuentre a solas consigo mismo y con su Señor. Tareas también sucesivas que ofrecen una especie de programa práctico para saber qué hacer y cómo actuar en la entrevista.

I. DAR MODO Y ORDEN

La primera tarea del que se da los ejercicios es *dar modo y orden* al que los hace, tal y como viene indicado en las anotaciones iniciales [2, 6-10, 12-17, 22], así como en numerosas notas ignacianas¹⁰ a lo largo del texto de *Ejercicios* que conforman el «directorio oculto» de los mismos y jalonan cada etapa de la experiencia, profundizando en su sentido¹¹. Dar a otro modo y orden es ofrecer una introducción y modo para contemplar [162], forma y modo para reformar la vida [189], y forma, modo y ejercicios para que el ejercitante se apareje y aproveche [238], así como orden secuencial en estos ejercicios [18, 20, 43, 119, 128, 247, 260]. Veamos algunas indicaciones más precisas.

El que da ejercicios, tras aprobar o proponer las condiciones de la casa en donde se retira¹², *organiza la jornada* del ejercitante y la estructura

⁹ Algún día puede no tener lugar la entrevista (Directorio 4, n. 17). En otras ocasiones conviene visitar más de una vez al que se ejercita: según el Directorio 3 (nn. 1-4), se debe proponer cada ejercicio separadamente, al menos al principio, en conexión con el criterio de trabajar en cada momento sólo el fruto que se busca [11]. Los directorios de Polanco y Oficial mantienen que en ocasiones serán necesarias dos visitas al día.

¹⁰ Por ejemplo: *Ej* [72, 99, 105, 119, 127s, 129-131, 133, 148, 157, 159s, 162, 168, 204, 206, 209, 226s, 229].

¹¹ Por ejemplo: *Ej* [87, 127, 131, 162, 170, 184, 199, 227, 257, 345ss], etc.

¹² Directorio 1, n. 2: «sea el lugar donde los ha de hacer cuanto menos pueda ser visto, ni platicar con ninguno».

general de su día. Las adiciones [73-90] señalan la distribución del tiempo, desde la noche hasta la mañana, indican qué hacer antes y después de cada ejercicio (a saber, prepararlo y examinarlo), y de este modo ambientan al sujeto adecuadamente por fuera y por dentro [78]. Las últimas adiciones hablan de la penitencia, de posibles maneras de hacerla [83-86], y de su sentido profundo [82, 87, 98]¹³. Por lo tanto, el que da ejercicios explica estas adiciones de modo descriptivo, pero también el sentido interno que tienen en la intención del autor del libro. Y también propone algunas *anotaciones* que favorecen la disposición personal del ejercitante; de este modo, al comienzo de la experiencia ayuda al ejercitante a *disponerse*¹⁴ al retiro con grande ánimo y liberalidad [5], a hacer su oración con la necesaria compostura y reverencia [3], a separarse física y mentalmente de las cosas para no tener el entendimiento partido y poder así allegarse mejor a su Dios [20].

El que da los ejercicios da también los *puntos o materia para la oración*, que debe preparar bien antes de la entrevista¹⁵. Y conviene que no se alargue en esta exposición para favorecer que el que hace ejercicios trabaje y pueda hallar alguna cosa por sí mismo [2]¹⁶. «Narra fielmente la historia», aunque no necesariamente en modo genérico, sino «según la disposición de las personas» [18], o sus mociones predominantes, por ejemplo consolación o desolación [13, 14], «afecto o repugnancia» [157], o si ve a la persona «afectada y inclinada a una cosa desordenadamente» [16].

El que da ejercicios también propone el *orden* concreto en que se harán los ejercicios de cada día, y procura que el ejercitante no se anticipe, sino se centre en la materia propuesta de cada jornada y de cada semana o etapa, sin preocuparse por lo que luego vendrá [14]. Orden que se indica en el libro [20] para las distintas aplicaciones o modalidades de ejercicios [18-20]; orden y aun horario de las meditaciones de cada día [72], de las contemplaciones [99, 128, 133], las repeticiones [119], los modos de oración [247, 260] y de otros ejercicios de oración [148, 159] y examen [160].

En la práctica parece lógico que explique el *modo* concreto de hacer los ejercicios más detalladamente al principio, y más sucintamente cuando el ejercitante ya sabe cómo hacerlo. En su momento indicará, pues, cómo hacer la oración, la meditación, la contemplación, la repetición, los

¹³ Directorio 2, n. 2: «cuanto a las otras penitencias, declárese lo que dicen los Ejercicios, y en lo que podría pedir algún instrumento, como disciplina, cilicio, etc., en general se ofrezca el que da los ejercicios que le dará lo que pidiere».

¹⁴ El verbo *disponer* lo usa el texto de los *Ejercicios* con dos sujetos distintos: el que hace ejercicios se dispone [1, 18, 20, 44, 199, 213] y Dios lo dispone [15, 234]; pero el que da ejercicios también actúa «haciéndole preparar y disponer para la consolación ventura» [7].

¹⁵ Pues «no debe llevar el libro de ellos para de allí leérselos, sino que tenga bien estudiado lo que ha de tratar»: Directorio 1, n. 15.

¹⁶ Directorio 4, n. 15.

distintos modos de orar, y enseña a orar a medida que se van proponiendo las nuevas formas de oración. Explicará cómo hacer cada uno de los diferentes ejercicios [1], y cómo hacer los coloquios, si el ejercitante no lo sabe [53s, 61s, 71, 109, 199].

Según circunstancias también se *acomoda con libertad el modo y orden* o se insiste en una u otra cosa (como luego se dirá); por ejemplo, mirará si le entrega los puntos escritos o se los dicta¹⁷; si el ejercitante está tentado de acortar el tiempo de oración, le dirá que esté una hora entera [12]. Aunque el texto no lo dice, entraría en la misma lógica que a ejercitantes celosos también les indique los límites de su devoción¹⁸.

El que da los ejercicios también señala el momento de paso a las sucesivas semanas, de modo que hace seguir adelante al ejercitante o lo retiene en una determinada etapa; y acomoda a cada sujeto el conjunto de los treinta días [4], aunque puede alargar o acortar cada semana [209] o los ejercicios todos¹⁹. Si bien podemos pensar que mucho de este modo y orden se propone en diálogo y de acuerdo con el ejercitante, en caso de diferencia de criterio quien decide es el que da los ejercicios, sin duda alguna²⁰.

Por otra parte, la entrevista tiene cierta especificidad según la etapa en que se encuentre el ejercitante, con un orden muy preciso desde la *primera semana*²¹ en contenidos de oración, instrucciones [24-44], adiciones [90], discernimiento de mociones [313-327] y de escrúpulos [345-351] y modo de orar [18, 238-248].

En la *segunda semana* el que guía la experiencia propone los ejercicios correspondientes que el libro de *Ejercicios* establece, con muy preciso orden [91-189] y no otro [127], su ambientación [100, 127, 129, 130, 160] y su discernimiento de espíritus específico [329-336]. En esta segunda semana hay un momento especialmente importante, que es el de la elección; el que da los ejercicios procurará disponer al ejercitante en lo posi-

¹⁷ Directorio 1, n. 16. La segunda edición de la *versio prima* supondría que los puntos se entregan escritos al ejercitante: nota de Dalmases en IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios*, o.c., p. 52, nota a [20].

¹⁸ A un buen ejercitante, como fue Pedro Fabro, Ignacio le encendió fuego en el invierno y le preparó personalmente la comida cuando en sus ejercicios le parecía que había hecho ya suficiente penitencia: A. ALBURQUERQUE, *En el corazón de la Reforma. Recuerdos espirituales del Beato Pedro Fabro, S.J.*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2000, 26-27 (el testimonio nos lo ofrece el *Memorial* de Luis Gonzálvez da Cámara).

¹⁹ Como hizo Ignacio con el doctor Ortiz, al que dio cuarenta días en Montecasino: *Autobiografía* de san Ignacio n. 98.

²⁰ Directorio 3, n. 12: «Es de advertir que si alguno no obedeciese al que da los ejercicios y quisiese proceder por su juicio, no conviene proseguir en darle los ejercicios».

²¹ Como se indica en los *Ejercicios* [24-72] y en el Directorio 3, nn. 1-4; ver Directorio 4, nn. 21-26.

ble, cuidará el modo y orden de hacerla, por ejemplo si ha de aplicar el primer tiempo, el segundo o el tercero, etc.²². También propone cuándo empezarla y, si no percibiera disposición adecuada en el ejercitante, debe pedirle que no la haga²³. Asimismo propone que haga la reforma de vida [189] aquel ejercitante que a su juicio ya tiene bien hecha la elección [173]; y le puede ayudar a ello platicándole las reglas de limosnas [337-344], o su equivalente, para que revise su misión en la Iglesia o su oficio particular. En el libro de los *Ejercicios* se señala cuándo se empezarán las elecciones [162], y no se harán antes ni después, como un ejercitante indiscreto, ansioso o indeciso podría desear. En esta segunda semana se puede «alargar o abreviar» el número de contemplaciones, según que «se quiere poner tiempo o según que se aprovechar» el ejercitante [162], siempre a juicio del que le da los ejercicios. Una razón de alargar podría ser la de disponer de algunos días más para terminar la elección.

En *tercera semana* el que da los ejercicios también acomoda el modo y orden a la «edad, disposición y temperamento» de las personas [205, 209, 206] e instruye sobre el ordenarse en el comer [210-217], aunque el ejercitante que decide cada día sobre su régimen de comidas ya ha empezado a ordenarse en este campo desde el comienzo de su retiro.

Del mismo modo, en la *cuarta semana* acomoda el modo y orden [226-229], propone la materia [218-225, etc.], enseña el segundo y tercer modo de orar [249-260] y platica las reglas de Iglesia [352-370] si al ejercitante le son convenientes.

En definitiva, el que da ejercicios hace la propuesta de un método muy pensado que, una vez comprendido y practicado durante unos días por el ejercitante, no requiere más insistencia. Pero de la meticulosidad ignaciana respecto al modo y orden tenemos numerosas manifestaciones, como lo referido al régimen de las comidas durante el retiro²⁴; éste y otros

²² Directorio 1, nn. 6-10; 17-23: «Le disponga a estar en todo resignado...»; «le disponga a desear más los consejos que los preceptos, si Dios fuese de ello más servido»; «le disponga y haga capaz, que son menester mayores señales...» (nn. 7-9).

²³ Directorio 1, n. 17: «Quien no esté en indiferencia de segundo grado, no está para ponerse en elecciones y es mejor entretenerle en otros ejercicios hasta que venga a ella».

²⁴ El ejercitante debe aprender a ordenar personalmente sus comidas durante los Ejercicios [210-217], y durante su retiro él tiene la iniciativa de su menú diario (Directorio 1, n. 3). Se pide al que le sirve la mesa que le pregunte siempre, después de comer y después de cenar, lo que desea comer en la comida siguiente; y debe traérselo, «aunque sea una gallina o nonada», o bien un simple trozo de pan; y el que da los ejercicios debe estar informado: «procure el que da los ejercicios entender cómo se ha en este orden de comer, para que se evite el exceso de una y otra parte»; y, además, puede moderar o estimular la penitencia en el comer (Directorio 1, n. 3; Directorio 3, n. 15). Y es que (según entiende san Ignacio) esto es de las cosas que más ayudan (Directorio 2, n. 1; Directorio 4, n. 7), pues la comida influye en el estado de ánimo.

pormenores²⁵ confirman que Ignacio es un hombre de método cuando está convencido de que éste ayuda al fin que se pretende, que es facilitar la experiencia espiritual personal.

II. ESCUCHAR

Según el «prosupuesto», en la relación de ejercicios se supone una confianza mutua entre el que los da y el que los hace, un presupuesto de recíproca buena voluntad, de aceptación del método y del contenido, junto con la libertad para un diálogo franco si existiera duda o desacuerdo [22]²⁶. Esta confianza mutua (que se confirma una y otra vez en la práctica antigua y actual de dar ejercicios) lleva al ejercitante a hablar con mucha libertad de lo que va viviendo en su oración, y de otras muchas cosas de su vida, como le sucedió a Ignacio en Alcalá y en París²⁷. Desde esta perspectiva se entiende esta segunda tarea de la entrevista, que es escuchar al ejercitante después que éste haya tenido su encuentro con Dios en el silencio.

El que da ejercicios escucha con los cinco sentidos y hasta con un sexto sentido interior: percibe todo, escucha y «siente». En el texto de los *Ejercicios* se utiliza mucho la palabra *sentir*, con los significados de opinar y de caer en la cuenta²⁸: «el que da los ejercicios, cuando siente al que se ejercita» [6]; «cuando siente al que los recibe» [10]; «según la necesidad que sintiere en el que los recibe» [8]. Un significado semejante parece tener el verbo *ver*, en cuanto juzgar o considerar cómo está en un cier-

²⁵ Los directorios ignacianos insisten en «hacer muy bien guardar como se manda» en concreto «las reglas o diez adiciones» (Directorio 4, n. 30). Y si hay visitas al que hace los Ejercicios, lo regulará el que los da, y especialmente cuidando la neutralidad en torno a la decisión de entrar en la Compañía (Directorio 4, n. 8).

²⁶ Ignacio lo sabe bien, porque tuvo algunos buenos ejercitantes que al comienzo de su trato mutuo, y aun dentro de la misma experiencia, estaban relativamente desconfiados, como el doctor Pedro Ortiz, Jerónimo Nadal o Diego de Hoces.

²⁷ A Ignacio, cuando da ejercicios, le hablan, según todos los indicios, de la vida de pecado, de escrúpulos, tentaciones de todo tipo, y demás tribulaciones espirituales, así como de mociones espirituales y buenos propósitos; y, a lo que parece, él no sólo escucha, sino que aconseja. Esto parecen indicar, por ejemplo, testimonios tan distintos como el de María de la Flor en los procesos de Alcalá y el de Pedro Fabro (en los nn. 7-14 del *Memorial*: A. ALBURQUERQUE, *En el corazón de la Reforma*, o.c., 115-118).

²⁸ *Sentir* es opinar, juzgar [89, 130, 179, 235, 257, 322]; o bien, caer en la cuenta, oír [6, 8, 10, 27, 184, 313, 334, 345]: en su edición de IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, Sal Terrae, Santander 1987, 204-205.

to momento el ejercitante, si desolado [7], consolado [14] o incluso si es de poca capacidad natural [18].

¿Qué escucha el que da ejercicios? Podría escuchar desde preguntas sobre el método planteadas por el ejercitante hasta cuestiones doctrinales o incluso sus dudas de fe.

Pero lo más importante que debe escuchar en la entrevista es la comunicación de las mociones del ejercitante, experimentadas en la oración y fuera de ella, y examinadas varias veces al día, tanto en su examen de la oración [77] como en el examen general del día [43]. Por *mociones* se refiere Ignacio a movimientos interiores y a inclinaciones que son todavía de sentido impreciso, sean divinas, sean humanas. En la entrevista se trata, sobre todo, de comunicar las dos principales mociones espirituales, a saber las consolaciones [316]²⁹ y las desolaciones³⁰ [317]. Pero también se hablará de otras varias mociones que en el ánimo se causan, buenas y malas [313], sean agitaciones [6], mociones sensuales y racionales [182] o gustos espirituales [227]; es decir, de todo tipo de inclinaciones, afecciones, escrúpulos, suasionen, y demás movimientos interiores que se suelen producir a lo largo de los ejercicios bien hechos, y cuya ausencia sería una señal sospechosa [6].

El que da los ejercicios se interesa por los pensamientos «de fuera», independientes de la libertad humana [32] y por las mociones de todo tipo; es también informado fielmente de las agitaciones y pensamientos que traen los espíritus, aunque «no queriendo pedir ni saber lo propios pensamientos ni pecados» del ejercitante [17]. Aunque parece normal admitir la comunicación espontánea del ejercitante que se fía de su mentor, para acompañar los ejercicios no importan tanto los pecados propios (ya discernidos y reconocidos) ni los pensamientos que libremente elabora el ejercitante. Y eso no tanto por un respeto genérico o por no entrar en materia moral (pues los ejercicios ignacianos incluyen catequesis de tipo moral)³¹; sino porque el discernimiento se refiere por definición a la materia cuyo sentido todavía no es claro, y porque solamente escuchando este tipo de pensamientos y mociones se pueden acomodar bien los ejer-

²⁹ Se habla de consolación en [6, 7, 8, 13, 14, 62, 89, 118, 176, 213, 252, 254, 315, 316, 317, 318, 322-324, 329, 330, 336, 329-331].

³⁰ Se habla de desolación en [6, 8, 13, 62, 118, 176, 317-321, 323-324]; en todos los textos ignacianos se verifica una frecuencia estadística mucho más elevada de la consolación que de la desolación, correspondiente sin duda al mayor interés de Ignacio en la primera que en la segunda.

³¹ En los *Ejercicios* se habla bastantes veces del pecado como materia directa de instrucción o de diálogo en la entrevista, sobre todo en la primera semana [24, 27, 33-37, 41, 42]. Los jueces eclesiásticos de Salamanca prohíben a Ignacio hablar de materia moral (*Autobiografía*, nn. 68, 70) y con esta prohibición entendía éste que se le impedía proponer los ejercicios.

cicios siguientes y proponer el modo y orden más adecuado a cada persona y momento.

Si el ejercitante manifiesta mociones de consolación, el que da los ejercicios reaccionará de una forma determinada. Habitualmente en primera semana no se precisa decir muchas cosas, pues el buen espíritu suele guiar de ese modo a los principios [318] y el ejercitante caminará solo y animado [315], y las cosas se le harán fáciles y leves [13]. Aunque sí le puede recordar que esa consolación es un don [322] y una situación pasajera [323]. Pero ciertamente en segunda semana la consolación podrá ser sin causa [329, 330] o con ella [331], y esta segunda habrá de ser siempre muy discernida [332-334]; incluso habrá que mirar si después de la consolación sin causa ha habido pensamiento o decisión que no sea de origen claramente divino, sino de una operación humana posterior [336]; y, ciertamente, este discernimiento requiere a veces sutiles distinciones en las que debe adentrarse el que da los ejercicios, si quiere ser fiel al propósito ignaciano.

Si por el contrario al ejercitante le vienen desolaciones, lo que es común a los principios, el que le acompaña le podrá decir otras cosas. Si son tentaciones gruesas [9] no aplicará criterios de discernimiento de segunda semana, y se mostrará con él «blando y suave», dándole ánimos y fuerzas para adelante [7], explicando las astucias y engaños del enemigo [8] que actúan también en la desolación y las posibles causas de su presencia [322]. Para lo cual deberá conocer los estados de ánimo del ejercitante y sus posibles causas y derivaciones; de modo que acompañar la desolación requiere notable y lúcida actividad por parte del que acompaña los ejercicios [317-327].

Aunque el que da los ejercicios escucha largamente durante la entrevista, en la práctica y en el texto ignaciano queda claro que también responde de muchos modos³², pues ayuda a disponerse al que empieza [5, 20], da consejos precisos de procedimiento, anima al tentado o desolado [7], le propone resistir [13] o luchar en contra [16], frena al indiscreto [14] y confirma al que va por buen camino.

Estos parecen ser algunos de los rasgos de la escucha en la entrevista de los ejercicios, que completamos a continuación con las tareas complementarias de discernir, preguntar e instruir.

³² Sin presentarse como una fría pantalla en blanco que deja al ejercitante a solas con sus propias agitaciones; y tampoco con una respuesta que sólo refleja empáticamente algo de lo escuchado, devolviéndolo respetuosamente al ejercitante.

III. DISCERNIR

La tercera tarea de la entrevista, para el que da los ejercicios, es discernir, entendido esto en varios sentidos. Discernir, en primer lugar, la experiencia espiritual comunicada por el ejercitante y, por eso, verificar la corrección de las operaciones que realiza el ejercitante, de modo que le puede confirmar (o corregir) su discernimiento. Es decir, discierne independientemente del ejercitante, y no sólo escucha el resultado del discernimiento realizado por el ejercitante; a través de las señales que el ejercitante le comunica, discierne por sí mismo de modo que las reconoce (o no) como del buen espíritu, tal vez por cierta connaturalidad que tenga con la experiencia comunicada [ver 335].

El que acompaña la experiencia discierne, pues, todo lo que escucha, aunque no siempre sea necesario o útil transmitir lo discernido; discierne por ejemplo los *contenidos* de la oración, piensa si un voto o promesa es inconsiderado [14] o bien ponderado, si la tentación que el ejercitante narra es gruesa o sutil [9]. Discierne también si hay mociones o si no las hay [6], si lo que comunica el ejercitante tiene la carga emocional y volitiva que es esperable del método de los *Ejercicios*. Discierne sobre todo las *mociones espirituales*, entendidas en el sentido amplio que hemos dicho más arriba, especialmente consolación y desolación. Discierne, pues, si hay desolación; la cual debe entenderse como ordinariamente es, del mal espíritu [315]; aunque en las primeras etapas espirituales hay un buen ángel que punza y remuerde la conciencia por la sindéresis de la razón [314]. En caso de la presencia de tentación, mira si se muestra grosera y abiertamente [9] o más sutilmente bajo especie de bien [10], y actúa en consecuencia.

El que da ejercicios discierne por sí y ayuda a discernir en concreto al que los hace; no sólo instruyendo genéricamente con las reglas de discernimiento, sino en particular, mostrándole cómo se presenta en su caso concreto la desolación y cómo tienen lugar las argucias y artimañas del mal espíritu, así como haciéndole ver las señales del bueno [8] y los diferentes modos de la consolación, aunque ésta suele ser más evidente [13].

Hasta aquí hemos indicado que el que da los ejercicios discierne la experiencia espiritual del que hace los ejercicios. Pero también podríamos decir que de alguna manera «siente y conoce» (eso es discernir) al ejercitante mismo³³: es a saber, juzga y valora su condición psíquica y espiri-

³³ Es claro que los textos ignacianos no utilizan *discernir* en el sentido de juzgar el conjunto de la persona, sino más bien utiliza otros verbos, como *sentir* [6, 8, 10], ver [7, 14, 18, 349], *conocer* [14, 89, 303, 306]. Aquí empleamos este verbo por ilustrar mejor esta tarea específica del que acompaña (aunque «sentir y conocer» es discernir [313]).

tual, sus actitudes y procesos, las cualidades y condiciones más generales de su persona y naturaleza [18-20] así como las disposiciones específicas para cada etapa, para pasar o no a la segunda semana, empezar o no la elección, aceptar o no elecciones hechas sin fundamento³⁴.

De este modo, el que da y acompaña los ejercicios hace una especie de diagnóstico intuitivo del estilo de personalidad del ejercitante para acomodarse mejor a él: «cuenta también con las naturas de los que se ejercitan, si son melancólicas, para no les estrechar tanto, antes darles larga en la mayor parte de ellas, y lo mismo con algunas personas delicadas y poco usadas a tales cosas; pero téngase cuenta con bien pensar lo que en esto más les podrá aprovechar»³⁵. Con esto, analiza la condición del sujeto que hace ejercicios [14], su disposición natural y espiritual [18], y las diferencias entre unos y otros: bien sean más tardos en hallar lo que buscan, más diligentes, más o menos probados de los espíritus [4]. Este conocimiento particular le es necesario para aplicar los ejercicios a cada uno [129], según la intención del ejercitante [209], al que debe conocer suficientemente tanto antes de iniciar la experiencia [18] como durante los ejercicios mismos.

En el momento de la elección, incluso con sujetos adecuados, el discernimiento y actuación del que acompaña los ejercicios se hace muy importante. Por ejemplo, debe mirar si la persona «está afectada e inclinada a una cosa desordenadamente» [16], lo que evidentemente no es claro en modo alguno al mismo ejercitante, pues tal afección es un engaño del enemigo que el ejercitante no reconoce fácilmente [326, 332-334]. La afección desordenada que impide la elección recta [169] sólo se percibe desde fuera, en un discernimiento realizado entre dos, y ayudado por la preparación para la elección que el texto propone, mediante los ejercicios de banderas [136-148] y binarios [149-157], la consideración de los grados de humildad [165-168] y la aplicación de los documentos de elección [169-188]. Finalmente, se supone que el que da los ejercicios también evalúa si el ejercitante ha hecho bien o mal su elección anterior [174], si es reversible o inmutable [171-174], y conforme a ello si hará ahora otra elección nueva o más bien basta hacer reforma de vida. De modo que él juzga si la elección es buena o no y dosifica los tiempos y modos de elección³⁶, en un papel que realmente resulta muy activo.

³⁴ Como hicieron en Alcalá María del Vado y su hija Luisa Velázquez, ésta «muy moza y muy vistosa», que fueron a peregrinar a Jaén a pie contra el parecer de Ignacio («yo siempre las he desviado deste propósito»), lo que fue causa de su prisión preventiva en la cárcel diocesana (*Autobiografía*, n. 61). Los directorios dirán que con «todos los que no estuvieren aún resignados en manos de Dios [...] y entran con algunos designios e intentos [intenciones], conviene mucho poner toda diligencia para que se deshagan de tal imperfección» (Directorio 4, n. 20).

³⁵ Directorio 4, n. 30.

³⁶ Directorio 1, nn. 18, 21-23.

Es claro que el que da los ejercicios no debe mover a elección, ni inclinarse a una parte a otra, sino estar en medio como un peso [15], dejando que Dios mueva a decantarse al ejercitante. Pero el importante y activo papel del que da los ejercicios en la elección es resaltado también en los directorios ignacianos, que piden excluir al sujeto que no pueda o no quiera elegir: por ejemplo, si el ejercitante no muestra «mucho fervor y deseo de ir adelante para determinar del estado de su vida, mejor será dejar de dar los de la segunda semana, a lo menos por un mes o dos»³⁷. Y «es de advertir que si alguno no obedeciese al que da los ejercicios y quisiese proceder por su juicio, no conviene continuar en darle los ejercicios. Si algunos no parecen llevar disposición de ánimo tal que se pueda esperar de ellos mucho fruto, bastará dar los ejercicios de primera semana, y dejarlos con esta sed, hasta que dieren prendas para esperar mayor fruto»³⁸. Y el que da debe insistir en que entre en elecciones con indiferencia, y excluir suavemente («entretenerle en otros ejercicios») al que no esté en indiferencia de segundo grado³⁹.

El que acompaña, por tanto, discierne de alguna manera si hay «sujeto» para empezar unas u otras modalidades de ejercicios, y para los distintos momentos del proceso. Para ello lee entre líneas lo que el ejercitante narra; porque (tal es la base de las reglas de discernimiento) el ejercitante no siempre sabe ni puede saber el sentido de sus mociones; por lo tanto, se puede decir que el que acompaña el discernimiento de alguna manera interpreta lo escuchado al ejercitante, para devolverle de un modo más elaborado lo que él mismo ha comunicado primero⁴⁰.

En resumen, podríamos decir que el que da ejercicios discierne por delante del ejercitante, pero habla por detrás de él. Es decir, discierne por sí mismo lo que pasa por el ejercitante, para acertar en el modo y orden, y en algunas ocasiones dice al ejercitante lo que convenga; pero en otras ocasiones se calla sus conclusiones provisional o definitivamente, pues no todas las observaciones de su discernimiento son igualmente útiles para el proceso espiritual que se busca favorecer.

En el texto del libro que estudiamos se alude también, de modo directo e indirecto, a *lo que no debe hacer* el que da ejercicios⁴¹, como es, por ejemplo, suplir el discernimiento del que hace sus ejercicios, tratar de convencerle o disuadirle, suplir su indecisión o imponerle alguna cosa.

³⁷ Directorio 1, nn. 13-14; por lo que conoce el que esto escribe, esta sabia indicación ignaciana no suele aplicarse hoy muy frecuentemente.

³⁸ Directorio 3, nn. 12-13.

³⁹ Directorio 1, n. 17.

⁴⁰ En un trabajo de interpretación lingüística y psicológica, tanto como espiritual.

⁴¹ Por ejemplo: *Ej.* [2, 4, 7, 9, 11, 15, 17, 18, etc.].

Pues el que da ejercicios no es propiamente director espiritual ni superior religioso, sino un verdadero acompañante prudente y discreto, aunque avisado.

IV. PREGUNTAR

Preguntar es otra de las actividades propias de la entrevista de ejercicios. En la literatura actual sobre el tema más bien se considera que el que acompaña ejercicios no debería preguntar mucho, de acuerdo con el papel secundario y no directivo que parecería desempeñar. Y es cierto que en el texto del libro de los *Ejercicios* no aparece señalada directamente la actividad de preguntar⁴²; más bien se supone que, una vez indicado el modo y orden, el ejercitante hace en privado sus ejercicios, y en la entrevista comunica sus mociones, de modo que el que acompaña primordialmente se ocupa en escuchar. Esto sucede habitualmente con personas experimentadas en el método ignaciano que repiten sus ejercicios, pero recordemos que éste no es el caso del ejercitante típico que supone el texto, quien desconoce totalmente el método.

Pero rastreando los textos ignacianos aparecen expresiones que suponen esta actividad de proponer preguntas en el que da ejercicios. En la experiencia posterior a san Ignacio parece resultar necesario, pues los diversos directorios posteriores al santo (no todos igualmente fieles al espíritu original de los *Ejercicios*) incluyen la necesidad de plantear algunas cuestiones⁴³.

También los directorios ignacianos ofrecen más claramente que el texto del libro la oportunidad de algunas interrogaciones, si es que no salen espontáneamente en la conversación del ejercitante: «Al visitar al ejercitante, hay que exigir cuenta de los puntos; y ante todo conviene preguntar sobre lo que se busca en el tal ejercicio, como la contrición cuando se trata de los pecados, etc. Si responde bien, no conviene permanecer mucho con el que se ejercita ni preguntar muchas otras cosas. Si no halla plenamente lo que busca, entonces debe interrogarle diligentemente sobre las agitaciones y adiciones»⁴⁴. El directorio autógrafo indica: «siempre el que le da le demande de consolación y desolación, y lo que ha pasado por él en el ejercicio o ejercicios que ha hecho después que la última vez que le habló»⁴⁵.

⁴² Aunque en algunos números se habla de interrogar [6], inquirir [22], etc.

⁴³ Por ejemplo, Directorio 20 (Directorio de Polanco), nn. 35, 53.

⁴⁴ Directorio 3, nn. 6-7.

⁴⁵ Directorio 1, n. 5.

En estos textos (que parecen comentario de la sexta anotación [6]), parece claro el criterio ignaciano: la entrevista está al servicio de la experiencia, y si ésta discurre por los cauces adecuados no hace falta intervenir mucho; pero, si no produjera sus frutos, habrá que interrogar por las condiciones de la misma y por las mociones todas.

El mismo texto de los *Ejercicios* da pie de modo indirecto a que se pueda preguntar y orienta sobre las materias sobre las que se podría interrogar, llegado el caso. Por ejemplo, si el ejercitante no lo comunica espontáneamente, o al que acompaña no le resulta claro, se le debe preguntar si cree tener las disposiciones necesarias al empezar los ejercicios como el grande ánimo y liberalidad [5], si se ve capaz de mantener las condiciones específicas del retiro que desea hacer [18, 19, 20] y si aceptará tranquilamente el método y el contenido que se le proponga [22]. En las primeras entrevistas, se puede hacer también alguna interrogación directa o indirecta, que lleve al que da los ejercicios a saber con qué tipo de sujeto se encuentra, y verificar si parece de ligera condición, o rudo, o de pocas letras, o de ingenio; o si tal vez desea solamente llegar a cierto grado de contentar su ánima. En definitiva, si tiene «sujeto» suficiente para la tarea que emprende [14, 18-19]⁴⁶.

Por otra parte, si el que da los ejercicios debe «ser informado fielmente de las varias agitaciones y pensamientos que los varios espíritus le traen» [17], entonces se supone la posibilidad de preguntas pedagógicas cuando el sujeto se expresa con oscuridad, vaguedad, confusión o de modo superficial (cuando el ejercitante, por inexperiencia o dificultad psíquica, no acierta a comunicar lo que el acompañante debe conocer para juzgar acerca de la experiencia). Del mismo modo, en la entrevista ordinaria se ha de preguntar, si el ejercitante no las comunicará espontáneamente, por las mociones y por el fruto de cada ejercicio, y si halla lo que busca en cada etapa [4]; asimismo conviene verificar si la persona halla alguna cosa por sí misma y siente y gusta las cosas internamente [2]. Será importante interrogar si hay pocas mociones o pocos frutos [6], y entonces con detalle, cómo hace las cosas, si hace la hora entera [12], etc. Las mociones son importantes, pero no basta saber que el ejercitante las experimenta: conviene que el que da los ejercicios se percate bien (y lo pregunte, si no lo dice el ejercitante) de qué tipo de agitación o tentación se trata, si es gruesa o sutil, de primera o de segunda semana: porque de otro modo, no habrá manera de acomodar los ejercicios y se le pueden dar orientaciones o criterios inadecuados [9, 10] y, en todo caso, no se acertará a dar los ejercicios convenientes y conformes a la tal ánima [17].

⁴⁶ En este sintético examen del sujeto hay que verificar si existen, quizá, señales de alguna inmadurez psicológica que le impida realizar la experiencia con provecho espiritual y sin daño psíquico.

También será importante tener, a lo largo de los días, la información suficiente para decidir si se puede continuar el proceso: si pasar de primera a segunda semana o todavía no; si empezar la elección de estado o bien plantear una reforma de vida; si en cualquier caso se encuentra con la disposición adecuada de generosidad e indiferencia para «entrar en elecciones».

El modo concreto de realizar estas preguntas no lo explica el texto ignaciano y, como tantas cosas que allí se dicen, su aplicación queda al buen hacer del que da los ejercicios (quien se supone tiene y utiliza su entendimiento [299]). Por supuesto, el texto permite imaginar que se pueden formular desde preguntas muy generales y abiertas, para captar el tono general del ejercitante, hasta preguntas aparentemente sólo prácticas, como las referidas a lo que el ejercitante desea comer. En la entrevista puede haber también preguntas aclaratorias, orientadas a entender su comunicación de la experiencia y a captar bien las mociones que le alteran e inclinan⁴⁷; puede haber preguntas pedagógicas, orientadas a enseñarle a hablar de sí y de su experiencia, de lo que ha pasado por él, del fruto hallado (o no), de las agitaciones y de las adiciones⁴⁸. Y podría también tener lugar alguna pregunta mayéutica, para ayudar a que vaya saliendo a la luz la profundidad de su encuentro íntimo con Dios; pues si el ejercitante formula por sí mismo lo que el que acompaña sólo intuye, «es de mayor gusto y fruto» [2] que si el acompañante se lo explicara con mucha claridad.

Sin duda alguna, el recurso principal en la entrevista de los ejercicios no es preguntar, sino escuchar; la pregunta sólo está al servicio de la comprensión (discernimiento) y de la facilitación de la experiencia espiritual. Pero parece, en todo caso, que el texto ignaciano no excluye, ni mucho menos, ocasiones ordinarias de la entrevista de ejercicios donde el preguntar tiene un lugar necesario. Aunque, por otra parte, el texto mismo de *Ejercicios* parece excluir preguntas no pertinentes, pues muchas informaciones interesantes sobre el ejercitante y su entorno (su pasado; sus múltiples circunstancias vitales como vida de familia, trabajo o amistades, etc.) pueden no ser en absoluto relevantes en la experiencia espiritual actual que se acompaña.

⁴⁷ Los directorios insisten en preguntar sobre las mociones; «siempre el que da le demande de consolación y desolación, y lo que ha pasado por él en el ejercicio o ejercicios que ha hecho después de la última vez que le habló»: Directorio 1, n. 5.

⁴⁸ Directorio 3, nn. 6-7.

V. INSTRUIR

Es también claro que la instrucción⁴⁹ ocupa un papel notable en la entrevista de ejercicios, y constituye otra de las tareas que el texto de los *Ejercicios* asigna al que acompaña la experiencia; una instrucción siempre acomodada a las necesidades concretas y al momento espiritual del ejercitante. Si al comienzo de los ejercicios la instrucción se refiere al método, más adelante el libro de *Ejercicios* señala otras instrucciones más específicas que constituyen diversos documentos⁵⁰ independientes, cuya presentación (o no) al ejercitante dependerá de las necesidades del mismo y de su utilidad en la experiencia. Y de la consideración de estos textos del libro parece obvio que en el conjunto del mes de ejercicios la instrucción es una tarea bastante notable del que da los ejercicios.

Como hemos dicho antes, al principio de la experiencia el que da ejercicios instruye sobre el *modo y orden*, sobre cómo ha de organizarse el ritmo del día [73-74; 78-81], cada ejercicio de oración [49, 72, 75-76] o cómo hacer el examen de oración [77]; cosas todas nada obvias ni siquiera para personas con cierta experiencia espiritual. A veces podrá indicar la razón de fondo de estas «adiciones» propuestas y de otras, como puede ser el sentido de los «temporales cómodos o menos», del uso de claridad o de oscuridad. Ignacio también instruye sobre el sentido de la penitencia [82-87, 89], a pesar de ser algo culturalmente aceptado y valorado en su tiempo, seguramente por buscar una vivencia más adecuada.

En la *primera semana*, el que da ejercicios instruye al presentar los exámenes, que son detenidos y minuciosos. Explica el examen particular [24-31] y el examen general de conciencia [32-42]; este último, como sabemos, fue objeto de inquisición eclesiástica al laico Iñigo en Salamanca⁵¹, aunque el tema ya parecía haberse visto en Alcalá, puesto que cons-

⁴⁹ Instruir sólo aparece una vez en *Ejercicios* [18]; tampoco se usa *explicar* o *enseñar*, en el sentido dicho. Para referirse a la orientación de la oración o la explicación de las reglas y documentos se utilizará más veces *platicar* [8, 9, 10, 19, 362].

⁵⁰ Los documentos indicados en el libro de *Ejercicios* que requieren explicación por parte del que lo da son (además de las anotaciones [1-20] y las adiciones [73-90], que se refieren al método), los siguientes: los diversos exámenes de primera semana [24-44]; los documentos de elección y reforma de vida [169-189]; las reglas para ordenarse en el comer [210-217]; los tres modos de orar [238-260]; las reglas de discreción de espíritus de primera [313-327] y segunda semana [328-336]; las reglas para el ministerio de distribuir limosnas [337-344], las notas para sentir y entender escrúpulos [345-351] y las reglas para el sentido de Iglesia [352-370].

⁵¹ Según narra en la *Autobiografía*, nn. 68 y 70.

tituía uno de los puntos principales de los ejercicios leves⁵². En esta semana puede presentarse el primer modo de orar [238-248], y conforme a ello se declaran los mandamientos tan largamente como haga falta (especialmente en los ejercicios leves a gente sencilla).

El que da ejercicios presenta y explica también las reglas de discernimiento de *primera semana* [8, 316-327], según esté necesitado el sujeto, enseñando en primer lugar a discernir los propios pensamientos libres de aquellos que le acontecen (que vienen de fuera) y que son objeto específico del discernimiento espiritual [17, 32]. La forma de explicar y el modo de presentar el discernimiento no puede ser demasiado breve en los aspectos en que el sujeto necesita aclaración, por ejemplo al descubrirle las astucias del enemigo [7], aunque puede ser más sucinta en otros. El instructor presenta una primera visión de la consolación y, más especialmente, de la desolación, de los modos de luchar contra ella y de su sentido. En el mes completo, el que acompaña la experiencia explica las situaciones de consolación sin causa y con causa propias de la *segunda semana*, así como los engaños posibles y las reglas para hacerles frente [8, 328-336], pero no antes de tiempo [9, 10]. Todo ello exige alguna instrucción, así como se requiere para la presentación de los demás documentos de la segunda semana (modos de hacer la elección y la reforma de vida, reglas de distribuir limosnas), de la *tercera semana* (reglas para ordenarse en el comer) y de la *cuarta* (reglas para el sentido verdadero en la Iglesia, que son reglas con instrucción y con criterios de discernimiento).

Sin entrar aquí en los detalles del modo concreto de hacerlo, queda sin embargo claro en el texto ignaciano que se requiere un grado notable de instrucción en las entrevistas de los ejercicios completos.

VI. Y DEJAR AL EJERCITANTE CON SU DIOS

Hemos examinado los textos ignacianos que se refieren a la entrevista de ejercicios, y en ellos hemos encontrado que existe mucha interacción en dicha entrevista y notable iniciativa por parte del que da los ejercicios. Dar modo y orden, escuchar, discernir, interrogar e instruir son tareas que requieren una actitud notablemente activa y un ejercicio de creatividad constante para la adecuada personalización de la experiencia⁵³, y no

⁵² Se narra en los procesos de Alcalá; cf. C. DE DALMASES, *El Padre Maestro Ignacio*, BAC, Madrid 1982, 82-84; ver *Autobiografía*, n. 62.

⁵³ He mostrado un uso creativo y activo, aplicado a tres tipos de personas, en L. M. GARCÍA DOMÍNGUEZ, *Adiciones para acompañar sujetos bloqueados*: Manresa 74 (2002) 229-241.

parece que el autor del libro pretenda que la aplicación literal de su «manual» actúe *ex opere operato*. Los ejercicios se dan y se aplican en un encuentro interpersonal y sólo en una entrevista viva y original se puede recrear plenamente la pedagogía espiritual ignaciana de los *Ejercicios*.

Pero toda esa actividad discreta y comedida que se desarrolla en la entrevista está al servicio de un único objetivo: que el sujeto se disponga para buscar y hallar la voluntad divina sobre él [1]. Por activa e intensa que sea la entrevista, y aunque ocasionalmente se prolongue un poco, el ejercitante muy pronto se queda a solas durante muchas horas de cada día, y es entonces cuando comienza la tarea más importante del que da ejercicios. Efectivamente, después de mostrar el modo y orden, de escuchar y discernir, de instruir y de proponer materia para la oración, el que da ejercicios deja al sujeto a solas con su Dios «para que el mismo Criador y Señor se comunique a la su ánima devota, abrazándola en su amor y alabanza y disponiéndola por la vía que mejor podrá servirle adelante» [15]. Después de cada entrevista, con mensaje explícito e implícito, deja la tarea al que debe ejercitarse de muchas maneras por sí mismo [2], aplicando muy activamente⁵⁴ y de forma personal diversas operaciones espirituales [1] para buscar y hallar a Dios. El ejercitante reelabora y acomoda los puntos escuchados⁵⁵, medita, contempla u ora vocalmente, discierne su oración, examina su día de ejercicios y remueve su vida toda, aplica diversas adiciones, usa o no de la penitencia; y todo ello para hallar lo que desea [73], alguna gracia [87], significaciones, comparaciones, gustos y consolación [252]; en definitiva, hallar en paz a Dios [150, 153], y la comunicación con El en alabanza y servicio [231, 234].

Por tanto, el que da los ejercicios desaparece después de la entrevista (como también después de terminado el retiro) y su ausencia también facilita que se comunique el Creador a la criatura; y de este modo el testigo activo se va haciendo cada vez más testigo discreto y separado de una experiencia espiritual que no es suya y de las decisiones que de ella deriven.

* * *

Terminamos. Esta interpretación de los textos ignacianos sobre la entrevista en ejercicios subraya aspectos quizá distintos de los que ofrecen otras visiones sobre el tema. Se ha realizado a partir de una revisión de los textos ignacianos que ha pretendido ser rigurosa y fiel; una relectura en la que subyace un cierto diálogo interdisciplinar; no explicitado en estas páginas, con la aportación de las ciencias humanas sobre la entrevista.

⁵⁴ J. GARCÍA DE CASTRO VALDÉS, *¿Qué hacemos cuando hacemos ejercicios? La actividad del ejercitante a través de sus verbos*: Manresa 74 (2002) 11-40.

⁵⁵ Por ejemplo, al final en la cuarta semana quien hace los Ejercicios pone más o menos puntos para su oración [228].

ta. Pero esta interpretación parte también de la experiencia repetida, propia y ajena, de hacer y de dar ejercicios; y de comprobar en esa práctica la fuerza mistagógica del texto de *Ejercicios*, que proviene sin duda de la experiencia mística y de la capacidad pedagógica de su autor.

Quien hoy desee dar ejercicios a otras personas según el modo y orden ignaciano podría adquirir cierta «fidelidad creativa» si trata de revitalizar su propia experiencia de Dios y se esfuerza en aplicar esta pedagogía que Ignacio de Loyola probó en sí mismo y luego propuso con fruto a personas muy diversas. Las cuales, ejercitándose de este modo en el discernimiento concreto de la voluntad de Dios (Rm 12,2)⁵⁶, se encontraron de modo renovado con el Dios del amor y de la paz⁵⁷ que en Jesucristo nos invita al seguimiento hasta el gozo de la unión con Él⁵⁸ en la medida que esto sea posible en este mundo, tratando de vivir (y así acaba el libro de los *Ejercicios*) en ese «temor filial, que es todo acepto y grato a Dios nuestro Señor, por estar en uno con el amor divino» [370].

⁵⁶ M. VIDAL, *El discernimiento ético. Hacia una estimativa moral cristiana*, Cristiandad, Madrid 1980, 19-22.

⁵⁷ J. R. GARCÍA-MURGA, *El Dios del amor y de la paz*, UPC, Madrid 1991.

⁵⁸ Como expresan los «iconos bíblicos» del niño satisfecho (salmo 131), del peregrino guiado por el Señor (salmo 23) y del creyente confiado (salmo 126): D. ALEIXANDRE, *Compañeros en el camino. Iconos bíblicos para un itinerario de oración*, Sal Terrae, Santander 1995, 222-223.